El caso Harutyunyan: la sombra de la represión y los presos políticos en Armenia

El arresto del militante fue una nueva señal del autoritarismo del Hayastani Hanrapetakan Kusaktsutyun (HKK), el partido que controla el Estado desde la independencia del país. El dilema de una oposición irrelevante que no logra hacer frente a un gobierno hegemónico y plantear una alternativa de poder.

Cristiano Ronaldo se alejó del área rival, levantó el cartel y leyó, tal vez con algo de curiosidad, la inscripción en inglés: “Libertad a Shant Harutyunyan y a todos los presos políticos de Armenia”. Segundos antes, Shashen Harutyunyan, el hijo de Shant, había causado la interrupción del partido del pasado 13 de junio entre Portugal y Armenia al ingresar a máxima velocidad al campo de juego del estadio Vazgen Sargsyan de Yerevan y esquivar a cinco guardias de seguridad antes de ser arrastrado hacia afuera de la cancha.

“Entré al partido porque en él jugaba uno de los mejores jugadores de fútbol, y el foco de atención del mundo se encuentra sobre él. Quise mostrar una vez más que en Armenia hay presos políticos y demandamos que se los libere”, explicó Shashen luego de ser liberado.

El mensaje de Shashen apuntaba a una cuestión incómoda que vuelve a aparecer en Armenia cada vez que estallan protestas masivas, como sucedió en 2008, en 2011 y este mismo año.

Shant Harutyunyan fue arrestado a fines de 2013, cuando la ola de protestas que siguieron a la elección del actual presidente Serghz Sarkisian empezaba a romper y quedarse sin energía. El 5 de noviembre, casi ocho meses después de que Raffi Hovanissian diera por terminada su huelga de hambre, Harutyunyan juntó a no más de 50 seguidores de su grupo nacionalista Tseghakron frente a la Ópera de Yerevan y declaró “el comienzo de una revolución” contra el gobierno de Sarkisian, a quien acusó de “corrupto y antidemocrático”.

En ningún momento el objetivo de Harutyunyan fue realmente claro: ¿buscaba un golpe de estado con un grupo de seguidores que no superaba el centenar? ¿De qué se trata la “revolución” que viene pidiendo desde la independencia de Armenia? La realidad es que Tseghakron no tiene un programa ni objetivos definidos: su líder suele hablar de una “pérdida de los ideales frente al auge del materialismo” y su lucha de los últimos años parece enfocada más en un combate contra el estatus quo de la sociedad armenia que contra la injusticia, la pobreza o la corrupción en el gobierno.

La imagen de Shant en 2013 exclamando consignas a través de un megáfono en una plaza semivacía fue un doloroso contraste contra la tradición revolucionaria de sus raíces familiares. Su padre, Shahen, fue fundador en 1966 del Partido Nacional Unido, uno de los más importantes partidos políticos que se enfrentaron al liderazgo soviético y que luchaba por la independencia de Armenia de la URSS y el establecimiento de la democracia.

Shant se crió y creció en un ambiente revolucionario y fue testigo del arresto de su padre y sus compañeros de lucha: Stepan Zatikyan y el pintor Haykaz Kachatryan. Haurtyunyan tendría el mismo destino, años después, por continuar la campaña contra la ideología soviética dentro del PNU. Su liberación llegó sólo con la ráfaga de libertad política que sopló en la Unión Soviética con la Perestroika de Gorbachov.

Por eso la escena que terminó con el arresto de Shant hace dos años estuvo marcada por un patetismo y futilidad que no se condice con la historia de lucha contra la opresión que llevó adelante antes de los años noventa.

Aquel 5 de noviembre, en un momento de relativa calma en el escenario de la política armenia, Harutyunyan llamó a sus seguidores agrupados frente a la Ópera a tomar el Palacio Presidencial. Aseguró a los medios que no buscaba “un baño de sangre” y que sus seguidores no portaban armas de fuego, sino palos y bombas Molotov y de magnesio, que no pensaban usar al menos que fueran “provocados”.

Lo cierto es que a minutos de comenzar la marcha, la policía bloqueó al grupo mientras subía por la avenida Mesrob Mashtots. Los manifestantes intentaron usar sus palos para romper el cordón policial y se produjeron peleas en medio de la calle y explosiones. La policía arrestó a 37 personas, incluyendo a Harutyunyan y a su hijo.

Si bien los manifestantes fueron detenidos por provocar los disturbios y atacar a figuras de autoridad, varios reportes de la prensa aseguraron que sus periodistas habían visto a “provocadores” y policías de civil e incluso pusieron en duda que hubiese sido la gente de Tseghakron quien arrojó los explosivos.

Harutyunyan fue acusado de “vandalismo contra representantes de la autoridad” y “vandalismo cometido con armas”, pero estuvo lejos de disfrutar de un juicio que pueda llamarse normal: considerando el casi nulo peso de Harutyunyan en la política armenia, el gobierno de Sarkisian pareció esforzarse por demás para complicar la situación de los miembros de Tseghakron.

Los familiares de los detenidos no pudieron visitarlos durante los primeros meses y en numerosas ocasiones no se les permitió ingresar al tribunal, alegando que no había lugar suficiente en la sala. La Justicia también buscaba evitar que la prensa cubriera el caso, pero cuando los periodistas lograban ingresar, comprobaban que había decenas de asientos vacíos.

Durante el proceso, Harutyunyan ordenó a sus seguidores rechazar toda asistencia legal, asegurando que la presencia de un abogado no era necesaria, ya que se trataba de un caso de persecución política: “Quien cree que un abogado me podría ayudar cree que hay justicia en Armenia. Si yo creyera esto, no hubiese tomado mi palo; hubiese esperado hasta el 2018 por elecciones nuevas. Pero ellos tratan al pueblo por fuera de la ley. ¿Qué podría hacer un abogado?”, explicó.

Parte de estas acusaciones fueron reflejadas por las asociaciones de derechos humanos que dieron a Haryutunyan el carácter de “preso político”: denunciaron que los querellantes del caso fueron los mismos policías de civil que provocaron al grupo durante la manifestación e incluso aseguraron que el juez guió a los policías que testificaron en el juicio durante las preguntas más difíciles que les hizo la defensa del líder de Tseghakron.

Finalmente, Harutyunyan fue condenado a 6 años de prisión, junto a diez de sus simpatizantes que recibieron penas de entre uno y siete años. Su hijo Shashen, en cambio, recibió una condena a 4 años en suspenso, por lo que quedó en libertad. Al día de hoy, Harutyunyan continúa preso bajo confinamiento solitario en la penitenciaría de Vardashen.

Harutyunyan volvió, así, a estar preso por sus acciones en protestas contra el gobierno: en 2008 había formado parte de los famosos “106”, el número de detenidos durante la marcha y violenta represión del *Martimek* (primero de mayo), en la que murieron 10 personas.

Ese año, las elecciones que consagraron presidente por primera vez a Sarkisian desataron una crisis cuando una marcha masiva –organizada e impulsada por el ex presidente y derrotado candidato Levon Petrosian- exigió la anulación de los comicios por supuesto fraude. Durante una de las marchas en Yerevan de principios de año, Harutyunyan volvió a hacerse notar al dar un discurso espontáneo y finalmente fue arrestado por la policía durante la represión del primero de mayo.

Shant fue liberado un año después, pero una parte central de las demandas de los manifestantes que volvieron a tomar las calles en 2011, bajo la onda expansiva que se extendió desde Medio Oriente con la explosión la Primavera Árabe, era la amnistía total y liberación del resto de los presos políticos.

En 2013 la historia se repitió, una vez más, como tragedia: Sarkisian venció en las elecciones presidenciales al candidato pro-europeo de Zharangutyun, Raffi Hovanessian, quien inmediatamente denunció fraude y organizó marchas masivas de protesta en busca de nuevos comicios. Fue entonces cuando Hovanessian comenzó –y concluyó sin resultados- su huelga de hambre en la plaza de la Ópera, el mismo lugar donde Shant probaría suerte meses después.

A pesar de no ser aliados políticos, la relación entre Harutyunyan y Hovanessian continuó por una cuestión de necesidad mutua: el líder de Zharangutyun intentó interceder en el procedimiento judicial de Shant para que tuviese un trato justo y lo acompañó durante varias sesiones del juicio. A cambio, Hovanessian utilizó las acciones de Shant como una expresión del descontento del pueblo armenio hacia el gobierno de Sarkisian. Así fue como a principios de 2014, en una marcha en apoyo de los presos políticos, Raffi aseguró: “Harutyunyan sólo quiso mostrar que no podemos soportar más la situación del país. Necesitamos más gente como Shant”.

**Otros casos de presos políticos:**

* Tigran Arakelyan y dos compañeros fueron condenandos a 6 años de prisión luego de enfrentarse con la policía durante las protestas masivas de 2011 en Yerevan.
* 106 detenidos y condenados durante las protestas de 2008 fueron declarados “presos políticos” por la Asamblea del Consejo de Europa, al que Armenia pertenece. Si bien la mayoría eran simpatizantes del ex presidente Levon Petrosian, muchos se unieron a las protestas contra el gobierno y fueron arrestados violentamente por la policía.